

Lucrecio

La naturaleza de las cosas

Introducción, traducción y notas
de Miguel Castillo Bejarano



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2003
Segunda edición: 2016
Tercera reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción, traducción y notas: Miguel Castillo Bejarano, 2003
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2003, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-426-0
Depósito legal: M.11.507-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Introducción
59	Bibliografía
	La naturaleza de las cosas
65	Libro I
119	Libro II
171	Libro III
217	Libro IV
271	Libro V
331	Libro VI
385	Índice de nombres propios

*A mis padres,
por lo mucho que les debo.*

Introducción

1. Datos biográficos

La vida de Lucrecio está envuelta en sombras y constituye para nosotros un verdadero misterio. No conocemos el lugar donde nació, se discute si era de familia aristocrática o de origen plebeyo e incluso son inciertas las fechas de su nacimiento y de su muerte. Nada podemos afirmar con seguridad, excepto que vivió en la primera mitad del siglo I¹, que dedicó su poema a un tal Memmio y que murió joven, cuando sólo contaba entre cuarenta y cuarenta y cinco años de edad.

Son sin embargo varias las fuentes que nos han transmitido algún dato de su vida y que conviene analizar:

1. Todas las fechas que aparecen en esta «Introducción», salvo en el apartado referente a la pervivencia de Lucrecio, son anteriores a Cristo si no se especifica que son posteriores.

1) El testimonio más completo que poseemos al respecto es la breve noticia, tomada posiblemente del *De viris illustribus* de Suetonio, que San Jerónimo intercaló en la *Crónica* de Eusebio, al año 94 (al 93 en algunos manuscritos): «Nace el poeta Tito Lucrecio, que después, trastornado por un filtro amoroso, tras haber compuesto durante las pausas de su locura algunos libros que luego corrigió Cicerón, se suicidó en el año 44 de su edad».

De acuerdo con esta noticia, el año de nacimiento del poeta es el 94 (o bien el 93) y su muerte ocurriría en el 51 (o en el 50).

2) En la *Vida de Virgilio*, atribuida a Donato, y parece ser que basada también en Suetonio, se nos dice: «[Virgilio] pasó en Cremona los comienzos de su vida hasta la toga viril, que tomó en el decimoséptimo año de su nacimiento, siendo de nuevo cónsules aquellos dos bajo los que había nacido [esto es, Pompeyo y Craso], y sucedió que el mismo día fallecía el poeta Lucrecio».

Esta noticia contiene una contradicción: por un lado se afirma que Virgilio tomó la toga viril en su decimoséptimo cumpleaños, es decir, el 15 de octubre del 53; por otro se nos dice que este acontecimiento sucedió en el segundo consulado de Pompeyo y Craso, es decir, en el año 55. Así que, de acuerdo con este testimonio, la muerte de Lucrecio tendría lugar el 15 de octubre del 55 o exactamente dos años después².

2. Las dos afirmaciones podrían reconciliarse si aceptamos que Virgilio tomó excepcionalmente la toga viril a los 15 años, y habría sido entonces un copista quien, consciente de que lo usual era tomarla a los 17, añadió un II al XV.

3) Una noticia de menor valor es una glosa del *Codex Monacensis* 14429 (siglo IX d.C.), que hace nacer a Lucrecio veintisiete años antes que Virgilio, es decir, en el 97.

No sabemos de dónde proviene esta afirmación, aunque posiblemente haya tenido algún fundamento.

4) En un ejemplar de la edición veneciana de 1495 del *De rerum natura*, J. Masson descubrió un prefacio manuscrito que contiene algunos datos referentes a la vida de Lucrecio y que conocemos como *Vita Borgiana* por haberlo escrito Girolamo Borgia, quien posiblemente lo tomó de su maestro Pontano. En él puede leerse: «Tito Lucrecio Caro nace siendo cónsules el orador Licinio Craso y Quinto Mucio Escévola [= 95]... Vivió 44 años y, enloquecido finalmente por el dañino filtro amoroso de una mujer perversa, se dio muerte ahorcándose con una sogá o, según piensan otros, se arrojó sobre su espada, habiendo nacido de una madre estéril durante mucho tiempo. Vivió en muy estrecha amistad con Tito Pomponio Ático, Cicerón, Marco Bruto y Cayo Casio. Mostraba a Cicerón sus versos recién hechos, siguiendo sus correcciones...».

La mayor parte de los datos parecen una ampliación caprichosa de los ofrecidos por San Jerónimo y alguno de ellos se basa en una lectura defectuosa de las fuentes. Lo cierto es que la mayoría de los estudiosos han rechazado este testimonio, al que se ha considerado por lo general como una «invención renacentista».

5) A la hora de determinar la fecha de la muerte de Lucrecio, un gran número de estudiosos le han concedido mucho valor a un comentario hecho por Cicerón en

una carta escrita a su hermano Quinto en febrero del 54 (*QFr* II 9, 3): «La poesía de Lucrecio es así, como tú dices, con muchos destellos de ingenio, y también sin embargo de mucho arte».

En general los estudiosos han sostenido que esta carta es posterior a la muerte de Lucrecio y que el gran orador habría emitido esta opinión sobre su poesía con ocasión de la reciente publicación póstuma del poema, tal vez llevada a cabo por el mismo Cicerón³.

Ante esta sorprendente cantidad de fechas en las que es posible encajar, según las diversas fuentes, la vida de Lucrecio, la mayoría de la crítica ha situado la muerte del poeta en el año del segundo consulado de Pompeyo y Craso (55), aceptando que Virgilio tomó la toga viril en su decimoquinto cumpleaños y han intentado reconciliar de diversas maneras esta fecha con las ofrecidas por San Jerónimo.

En modo alguno sin embargo consideran los eruditos estas conclusiones como definitivas y lo único que podemos afirmar con seguridad es que el poeta nació en la década de los 90 y murió entre el 55 y el 50.

Transcurre su vida por tanto en la primera mitad del siglo I, un período agitado y turbulento de la historia de Roma, repleto de desastres civiles que a la postre acabarían con la caída del régimen republicano y la instauración de otro más totalitario. Lucrecio había conocido como niño los horrores de la proscripción y los asesina-

3. Cf. E. Bignone, *Storia della letteratura latina*, II, Florencia, 1945, página 152.

tos políticos ocurridos durante el corto pero sangriento dominio de Mario y Cinna y durante la dictadura de Sila; fue después testigo de la rebelión de los esclavos capitaneados por Espartaco (73-71), de la guerra contra los piratas (71-67), de la conspiración de Catilina y de la lucha civil que fue necesaria para suprimirla (63-62); aunque los comienzos de la década de los 50, fecha en la que posiblemente compuso el *De rerum natura*, fueron tiempos de una relativa paz, había ya sin embargo signos evidentes de la tormenta que sobrevendría después de su muerte.

Tampoco sabemos con certeza cuál fue su patria. Aunque de expresiones como «en este tiempo turbulento para la patria» (I 41), «la pobreza de nuestro lenguaje patrio» (I 832, III 260), no podemos deducir que hubiese nacido en Roma, lo cierto es que en su obra nos muestra un profundo conocimiento de la ciudad, de sus costumbres y espectáculos: había asistido a las carreras (II 263-265, IV 990) y al teatro (II 416-417, IV 75-83, 978-983, VI 109-112), había sido testigo de las revistas militares, posiblemente en el Campo de Marte (II 40-46, 323-332), conoce las reuniones, las comitivas, los banquetes (IV 784), habla de los ricos que se dirigen de sus mansiones a las casas de campo con la pretensión de liberarse de su aburrimiento (III 1060-1067), etc. Tuvo además estrecha relación con el aristócrata Memmio, a quien le dedica su poema, y, de acuerdo con el testimonio de San Jerónimo, mantuvo también trato con Cicerón. Por todo ello la crítica en líneas generales ha venido sosteniendo que Lucrecio era un romano, perteneciente a la aristocrática *gens Lucretia*, si bien no han faltado es-

tudiosos que, con poco fundamento, han creído que el cognomen Caro estaba asociado con esclavos y libertos y han supuesto que tal vez fuese nuestro poeta un liberto de origen celta. Carece también de argumentos convincentes la teoría de que Lucrecio era natural de la Campania.

El poeta le dedicó su obra a Memmio⁴, personaje perteneciente a la aristocracia romana, un político mediocre y discreto orador que intentaba también componer versos al modo de los neotéricos y protegía a los poetas. La manera en que Lucrecio se dirige a él refuerza la teoría de que nuestro poeta tenía noble ascendencia romana y se movía en los mismos círculos políticos y literarios de Catulo.

Debemos hablar en último lugar sobre la relación que tuvo Cicerón con el *De rerum natura*, otro de los problemas que ha planteado a la crítica el testimonio de San Jerónimo («[compuso] algunos libros que luego corrigió [*emendavit*] Cicerón»). Muchos eruditos han interpretado que *emendavit* significa «editó» y suponen que el poema fue entregado a Cicerón tras la muerte de Lucrecio con el fin de que lo preparara para su publicación. Los estudiosos que rechazan esta teoría mencionan el conocidísimo desprecio de Cicerón por el epicureísmo, al tiempo que resaltan como extraño el hecho de que no haya mención alguna de este asunto en su corresponden-

4. Los estudiosos tradicionalmente han identificado al destinatario del poema lucreciano con Cayo Memmio, miembro de la aristocrática familia Memmia, cuyo origen se hacía remontar hasta el troyano Mnesteo y en cuyas monedas se representaba a Venus coronada por Cupido (sabemos que a partir de Sila el culto de Venus estaba especialmente asociado a esta familia).

cia. Para ellos *emendavit* sólo significa «corrigió» y piensan que (como sugiere la *Vita Borgiana*) Lucrecio mostró a Cicerón el poema entero o partes de él y el orador le propuso ciertos cambios.

2. Carácter de Lucrecio: pesimismo y optimismo

Una parte de la crítica, tal vez influida también por la noticia de la locura y el suicidio del poeta, ha venido sosteniendo que una serie de pasajes del poema revelan un profundo pesimismo de su autor⁵. En verdad en el *De rerum natura* no faltan pasajes que, analizados por separado y fuera de su contexto, pueden apoyar esta suposición: el mundo está ya debilitado en nuestro tiempo, se encuentra agotado, y la tierra apenas produce frutos, exhausta ya por la larga carrera del tiempo (II 1144-1170); la aflicción de la raza humana se agrava con los sufrimientos que la oprimen en la vida sobre la tierra, al tiempo que la fantasía los prolonga en el Aqueronte (III 978-1023); la angustia anida en el espíritu de los hombres, sin que éstos sepan cuál es su causa ni alcancen a ver cómo pueden remediar su infortunio y desdicha (III 1053-1075); las condiciones vitales, propicias para rebaños y fieras, son hostiles al hombre, que se encuentra desamparado desde su nacimiento y se ve obligado a trabajar duramente la tierra (V 195-234); la peste se abate sobre

5. Cf. T. E. Kinsey, «The Melancholy of Lucretius», *Arion* III, 2 (1964), 115-130; F. Morgante, «Pessimismo lucreziano», *GIF* XVIII (1965), 19-40; L. Perelli, *Lucrezio poeta dell'angoscia*, Florencia, 1969.

Atenas esparciendo por doquier la aflicción y el dolor y acabando con las multitudes mediante la enfermedad y la muerte (VI 1138-1286); etc.

Pasajes tales han llevado a los estudiosos a pensar que Lucrecio, aun habiendo iniciado su obra con pleno entusiasmo con el objetivo de proporcionar a la humanidad un mensaje de paz, serenidad y elevación espiritual, ha terminado sin embargo comunicando un mensaje de angustia, perturbación y desasosiego, en abierta contradicción con las pretensiones y características del epicureísmo. Se ha hecho hincapié también en la discordancia espiritual existente entre el ardiente y apasionado poeta romano por un lado y el sereno e imperturbable filósofo griego creador de la doctrina epicúrea, llegándose a ver en Lucrecio no un fiel intérprete de su maestro, sino también un anti-Epicuro, extendiéndose la idea de que en la tristeza y melancolía que continuamente aparecen en el *De rerum natura* se encuentra en realidad un verdadero anti-Lucrecio. Y así se ha llegado a afirmar que la permanente y profunda tristeza del mayor intérprete del epicureísmo constituye una poderosa refutación del sistema filosófico que predica el sosiego espiritual, la alegría y la felicidad.

Pero también otra parte de la crítica ha negado este carácter pesimista y angustiado del poeta romano, así como su excesiva sensibilidad para con los sufrimientos y desdichas de la condición humana, revalorizando por el contrario las pretensiones salvadoras y proselitistas del *De rerum natura*, resaltando el hecho de que Lucrecio es ante todo un misionero que jamás pierde de vista el objetivo primordial por el que escribe su obra: liberar las

mentes de los hombres de la tiranía que suponen los miedos religiosos, en especial del temor a la intervención de los poderes divinos en los sucesos y asuntos del mundo, y del miedo a la muerte y a los castigos del alma en el más allá por causa de los delitos cometidos en esta vida.

Frente a aquellos que denunciaban la traición de Lucrecio a la doctrina de su maestro, se ha destacado que el poeta romano se muestra siempre escrupuloso y exacto seguidor de Epicuro, al que considera triunfante general que trae de vuelta los trofeos de su expedición victoriosa a través del universo (I 72-79), descubridor de la verdad y padre que da a sus hijos consejos áureos (III 9-13), dios que ha alcanzado la serenidad y la dicha para la vida humana y muestra a sus seguidores cómo alcanzarlas, divinidad mucho mayor que éstas de la mitología, incluso superior a Hércules, cuyos beneficios para el hombre fueron al fin y al cabo efímeros (V 7-54). Parece, por tanto un error de la crítica considerar la doctrina y el carácter de Epicuro como impregnados de una imperturbable e impassible serenidad, cuando en realidad su vida y su pensamiento implicaban solicitud y lucha continuas, en tanto que no negaba el filósofo griego los males del mundo ni las miserias de la vida humana, sino que sostenía contundentemente que sobre ellos podían erguirse triunfantes la sabiduría y la filosofía. Frente al perfectísimo arte divino que Aristóteles encontraba en el mundo, Epicuro negaba la intervención divina en la naturaleza, encontrando las pruebas, al igual que Lucrecio, en la miseria del hombre, en los males e injusticias del mundo, en la crueldad de la muerte.

Realmente nunca vemos en el *De rerum natura* desesperación, sino una incesante y enérgica aspiración a la

serenidad. A las pasiones que desgarran a los hombres, Lucrecio les opone los templos serenos que las enseñanzas de los sabios han fortificado (II 7-8). La paz a la que aspira no puede conquistarse sino con un gran esfuerzo, de ahí que el poeta conciba su obra como un largo combate contra las doctrinas adversas, contra la religión, contra la pereza y contra el hastío de los hombres. Con sinceridad y fanático ardor ensalza la verdad de su propia filosofía, pareciéndole siempre su poema una obra de victoria; de ahí sus súbitos accesos de entusiasmo en los que considera la exposición de su doctrina como un perenne triunfo de la verdad; de ahí el *vinco* («convenzo», «demuestro») que una y otra vez aparece en su poema (II 748, VI 498); de ahí el desdén con el que rechaza las teorías de los demás, no tanto por las incongruencias internas de sus puntos de vista cuanto porque no aceptan principios epicúreos (I 635-920). Podemos decir que Lucrecio expone su doctrina en tono oracular, que se exalta en la certidumbre de que con su poesía está proclamando la verdad de la ciencia (V 110-112) y que siempre prevalece su fe en la victoria de la felicidad y la sabiduría.

El poema, aparte de darnos de su autor una imagen de vehemente seguidor de su maestro, también nos muestra a un Lucrecio estudioso y escritor paciente, un hombre humilde, orgulloso de su éxito y confiado en el triunfo sobre las dificultades. Espoleado por la esperanza de gloria, recorre parajes de las Musas no hollados antes por nadie, esforzándose por liberar de supersticiones al espíritu y rociando la oscuridad de su doctrina con el dulce encanto de la poesía (I 926-950 = IV 1-25).

El autor del *De rerum natura* es también un hombre alejado de las controversias sociales y las conmociones políticas: Epicuro había ordenado a sus discípulos abstenerse de la vida pública, de conseguir cargos, riqueza y posición. Nuestro poeta habla con desprecio de quienes intentan encontrar la salvación de sus terrores mediante el poder político o militar o mediante las riquezas personales (II 37-54, V 1117-1135). Tales cosas no son para él, sino que es en la devoción al pensamiento donde encuentra el remedio para el aburrimiento y la aflicción imperantes entre sus contemporáneos; por ello lo mejor es abandonar los diferentes asuntos y preocupaciones y dedicarse en primer lugar a conocer la naturaleza de las cosas (III 1053-1075).

3. El poema: estructura y composición

El título del poema (*De rerum natura*, «Sobre la naturaleza de las cosas») no es sino la traducción del griego *Peri phýseos*, que es el título de la gran obra que Epicuro había compuesto sobre la física y también el que Empédocles, tan admirado por Lucrecio, le había dado a una de sus obras en verso. Por ello, de acuerdo con el amplio significado de *phýsis* («modo de ser», «formación», «nacimiento», «proceso» o «desarrollo»), debemos entender el término *natura* no sólo como la manera de ser propia de cada cosa, sino también como la fuerza o ley que gobierna el origen y desarrollo de los procesos físicos que dan lugar al nacimiento, evolución y muerte de seres y cosas.

Los seis libros de que se compone el poema están equilibradamente repartidos en tres grupos de a dos. Esta estructura tripartita queda bien resumida en el siguiente esquema⁶:

Los átomos	{	Libro I: Los átomos y el vacío.
	{	Libro II: Las propiedades de los átomos y sus combinaciones.
El alma	{	Libro III: El alma es mortal.
	{	Libro IV: Pensamiento y sensación.
El mundo	{	Libro V: El mundo es mortal.
	{	Libro VI: Fenómenos terrestres y celestes.

En el libro I el poeta muestra que el universo consta de un infinito número de partículas sólidas, indivisibles y eternas (los átomos), que están en incesante movimiento, y de un infinito espacio vacío. Es decir, el libro expone los principios esenciales del atomismo. Para afianzar su teoría atómica, Lucrecio refuta y rechaza las teorías físicas de los presocráticos.

En el libro II se pasa a demostrar punto por punto cómo de los átomos nacen y a su vez por ellos perecen las cosas sin intervención alguna de los dioses. La ley física de la gravedad empuja a los átomos a un incesante movi-

6. Cf. E. J. Kenney, *Lucretius*, Oxford, 1977, pág. 19.

miento en el vacío; este movimiento, sin embargo, no sucede según una línea recta vertical, sino con una ligera desviación o inclinación (*clinamen*), de suerte que les permite a los elementos primeros entrec chocar y combinarse entre sí, dando como resultado la formación de cosas compuestas. Se describen las figuras de los átomos y sus efectos en las combinaciones. Se expone también que los elementos primeros no poseen cualidades secundarias (color, sonido, olor, sabor, sensibilidad), sino que éstas son propiedades que adquieren las diferentes combinaciones. Se añade al final una prueba de la existencia de un número infinito de mundos y que éstos nacen, crecen, decaen y perecen.

El libro III, con el fin de eliminar el terror a la muerte y al más allá, examina la naturaleza y estructura del alma, distinguiéndose ante todo el *animus*, «el espíritu» (que es el intelecto y reside en el pecho con una función dominante), del *anima*, «el alma», que es puro principio vital y está esparcida por todo el cuerpo. Aunque espíritu y alma están formados de átomos muy sutiles, son sin embargo ambos materiales al igual que el cuerpo, y juntamente con él se desgastan y mueren. Finaliza el libro con un himno de triunfo por la eliminación del miedo a la muerte.

El libro IV trata de la sensación y el pensamiento, mostrándonos que toda sensación y en consecuencia todo pensamiento se deben a emanaciones de las diferentes cosas, efluvios que golpean nuestros sentidos y llegan hasta nuestro espíritu. Se insiste en la infalibilidad de la sensación y se explican ciertas ilusiones que parecen contradecir este principio. Tras considerar los sueños, fi-

naliza el libro con un análisis de la pasión amorosa, a la que se ataca por sus perniciosas consecuencias.

El libro V expone en primer lugar una prueba de la mortalidad del mundo y explica su creación. Describe también la naturaleza y movimiento de los cuerpos celestes. La última parte, dedicada a la tierra, muestra el origen y crecimiento de las plantas, los animales y los seres humanos, al tiempo que se presenta un cuadro general de los primeros comienzos de la civilización humana y su progresivo desarrollo. Éste se ha producido no por intervención o ayuda divina, sino por causa de la naturaleza y la necesidad, que fueron enseñando al hombre gradualmente los descubrimientos, y de este modo se pudo pasar de un primitivo estado ferino a condiciones de vida cada vez más elevadas. Incluso el lenguaje, que algunos consideran regalo de los dioses, fue una lenta conquista del hombre, determinada por la necesidad.

Por último, el libro VI se ocupa de diversos fenómenos atmosféricos y telúricos que por su terribilidad suelen ser causa de prejuicios y supersticiones. Y así, se analiza el relámpago, el trueno, la formación de las nubes, las lluvias, los terremotos, los volcanes, los pozos y las fuentes, la piedra imán, etc., exponiéndose finalmente la causa de las enfermedades, lo que da lugar a una grandiosa descripción de la peste de Atenas. Con el cuadro de esta pobre humanidad doliente y desgarrada, inmersa en espantosos sufrimientos y duelos, se cierra el libro y el poema.

Una parte de la crítica ha considerado que el poema está incompleto⁷. En apoyo de esta teoría se han aduci-

7. Para esta cuestión, cf. E. Paratore, «La problematica sull'epicureismo a Roma», *ANRW* I.4 (1973), 116-204, especialmente págs. 162-167.

do, entre otras, razones tales como el hecho de que Lucrecio no haya tratado específicamente en su obra la ética epicúrea, o el pasaje (V 146-155) en el que el poeta nos promete que posteriormente tratará con extensión sobre las moradas de los dioses y su modo de vida. Y así, ha habido desde quien ha creído que al poema le falta todavía más de un libro, hasta quien ha considerado que a la obra sólo le faltan 200 o 300 versos⁸.

En lo que respecta a las cuestiones de ética, parece que el propósito de Lucrecio no ha sido tratarlas de manera conjunta, sino ocuparse de ellas aquí y allá y siempre en conexión con la demostración de los principios físicos, de suerte que aquéllas se presentasen como corolarios de éstos. Hay que añadir además que tanto los versos 92-95 del comienzo del canto VI, en los que se considera ya a éste el último libro, como la estructura simétrica del poema (la disposición tripartita en parejas) tal vez sean argumentos suficientes para establecer que el poeta no tenía intención de componer un séptimo libro. Parece por otra parte lógico que la obra finalice con la descripción de la peste de Atenas, si tenemos en cuenta que los libros pares del poema, es decir, aquellos que concluyen cada una de las partes, tienen un pasaje final en el que predomina el tono dramático de la disgregación, la muerte, lo sombrío y efímero de las cosas mortales: el libro II finaliza hablando de las señales premonitorias de la disgregación y desmoronamiento del mundo; el libro IV concluye con el pasaje de la locura de la pasión amorosa.

8. Cf. P. Boyancé, *Lucrece et l'épicureisme*, 2.^a ed., París, 1978, pág. 93.